

Joseph Roth

La Cripta de los Capuchinos

Traducción de Roberto Bravo de la Varga



El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

Título original: *Die Kapuzinergruft*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Roberto Bravo de la Varga, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid;

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-952-3

Depósito legal: M-5.836-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
13	Capítulo 2
16	Capítulo 3
21	Capítulo 4
24	Capítulo 5
34	Capítulo 6
45	Capítulo 7
48	Capítulo 8
51	Capítulo 9
62	Capítulo 10
67	Capítulo 11
71	Capítulo 12
75	Capítulo 13
81	Capítulo 14
85	Capítulo 15
93	Capítulo 16
99	Capítulo 17
107	Capítulo 18
117	Capítulo 19
123	Capítulo 20
126	Capítulo 21
133	Capítulo 22
141	Capítulo 23

Índice

151	Capítulo 24
160	Capítulo 25
169	Capítulo 26
178	Capítulo 27
190	Capítulo 28
199	Capítulo 29
205	Capítulo 30
212	Capítulo 31
215	Capítulo 32
222	Capítulo 33
225	Capítulo 34

Capítulo 1

Somos los Trotta. Ese es nuestro apellido. Nuestra estirpe procede de Sipolje, en Eslovenia. Digo estirpe, porque no somos una familia. Sipolje ya no existe, hace mucho que dejó de existir. Se unió con varios municipios vecinos para formar una localidad mayor. Eso es hoy. Ya se sabe: es el signo de los tiempos. Las personas no saben estar solas. Se juntan y crean grupos absurdos. Lo mismo les ocurre a los pueblos. Surgen así estructuras que carecen de sentido. Los campesinos sienten el impulso de marcharse a la ciudad, y los pueblos, por su parte, aspiran a convertirse en ciudades.

Yo todavía tuve ocasión de conocer Sipolje, cuando era un muchacho. Mi padre me llevó una vez allí, un diecisiete de agosto, la víspera del cumpleaños del emperador Francisco José I, una fecha que celebraba toda la Monarquía, hasta la aldea más pequeña.

En lo que hoy es Austria y en los países de la antigua Corona quedará muy poca gente a la que nuestro apellido y nuestra estirpe le diga algo. Sin embargo, figuran en los anales del ejército austrohúngaro, ahora olvidados, y debo admitir que estoy orgulloso de ello, me refiero a que estos anales hayan caído en el olvido. No me considero hijo de mi época, me resulta difícil no verme como su adversario. No es que no la entienda, como digo tan a menudo. Eso no es más que una simple excusa, una mentira piadosa. Recorro a ella por pura comodidad: no quiero señalarme o parecer anti-pático y, por eso, digo que no la entiendo cuando debería decir que la odio o que la desprecio. Tengo buen oído, pero hago como si estuviera sordo. Me parece más elegante fingir esta deficiencia que admitir que lo que escucho suena desacompasado y vulgar.

El hermano de mi abuelo fue aquel humilde teniente de infantería que salvó la vida del emperador Francisco José en la batalla de Solferino. Al teniente le concedieron un título nobiliario. Durante largo tiempo, en el ejército y en los libros de lectura de la Monarquía Imperial y Real, se habló del héroe de Solferino, hasta que, de acuerdo con sus propios deseos, la sombra del olvido cayó sobre él. Falleció. Yace enterrado en el cementerio de Hietzing. Sobre su lápida figuran estas discretas y orgullosas palabras: «Aquí descansa el héroe de Solferino».

El favor del emperador se extendió también a su hijo, que se convirtió en delegado del Gobierno, y a su nieto, teniente de cazadores, que cayó en la batalla

de Krasne-Busk, en el otoño de 1914. No nos vimos jamás, ni él y yo, ni ninguno de los miembros de la rama noble de nuestra stirpe. La aristocracia de los Trotta se había consagrado al servicio de Francisco José. Mi padre, en cambio, era un rebelde.

Un rebelde y un patriota... ¡así era mi padre! Figuras como él solo podían darse en la antigua Austro-hungría. Estaba empeñado en reformar el Imperio y salvar a los Habsburgo. Entendía mejor que nadie el sentido de la Monarquía austríaca. Por eso se convirtió en una persona sospechosa y tuvo que huir. Siendo joven, se marchó a Estados Unidos. Era químico de profesión. En aquel momento se necesitaba gente como él en las fábricas de pintura de Nueva York y de Chicago, que estaban creciendo a un ritmo formidable. Sumido en la pobreza, supongo que solo echaría de menos los campos de cereales. Sin embargo, cuando por fin se hizo rico, empezó a sentir nostalgia de Austria. Regresó. Se estableció en Viena. Mi padre tenía dinero, y a la policía austríaca le gustaba la gente con dinero. Nadie le causó molestias. Incluso se propuso fundar un nuevo partido esloveno y compró dos periódicos en Zagreb.

Tenía amigos influyentes próximos al heredero del trono, el archiduque Francisco Fernando. Mi padre soñaba con un reino eslavo bajo la autoridad de los Habsburgo. Soñaba con una monarquía de austríacos, húngaros y eslavos. Siendo yo su hijo, voy a permitirme decir lo que pienso: tal vez mi padre habría podido cambiar el curso de la historia si hubiera vivi-

do más tiempo. Pero murió alrededor de un año y medio antes del asesinato de Francisco Fernando. Yo soy su único hijo. En su testamento me designó heredero de sus ideas. No en vano me había bautizado con el nombre de Francisco Fernando. Pero entonces yo era joven e insensato, por no decir superficial. En efecto, era una persona frívola. En aquella época vivía al día, como se suele decir. ¡No! Me equivoco. Vivía la noche; el día me lo pasaba durmiendo.

Capítulo 2

Sin embargo, una mañana –corría el mes de abril del año 1913–, cuando solo hacía dos horas que había vuelto a casa y todavía estaba durmiendo, me anunciaron la visita de un primo mío, el señor Trotta.

Acudí a la antesala vestido con batín y unas pantuflas. Las ventanas estaban abiertas de par en par. Los mirlos de nuestro jardín habían madrugado y gorjeaban alborozados. El sol del amanecer inundaba la estancia con su alegre luz. Nuestra doncella, a la que no había visto jamás tan temprano, me pareció extraña con su delantal azul; pues la imagen que tenía de ella era la de una jovencita rubia, negra y blanca, casi como una bandera, por así decirlo. Era la primera vez que la veía con un vestido azul marino, un color semejante al que usan los mecánicos y los hombres del gas, con un plumero rojo púrpura en la mano. Su sola figura habría bastado para darme una idea totalmente

nueva de la vida, con un aspecto fuera de lo común. Por primera vez desde hacía años disfrutaba de una mañana en mi casa y me daba cuenta de lo hermosa que era. La doncella me agradaba. Las ventanas abiertas me agradaban. El sol me agradaba. El canto de los mirlos me agradaba. Era dorado como el sol del amanecer. Al principio, cegado por tanto oro, ni siquiera vi al visitante que me esperaba. Solo reparé en él pasados unos segundos. ¿O fueron minutos? Estaba allí sentado, mudo, moreno, muy delgado, en la única silla que había en nuestra antesala, y no se movió cuando entré. Aunque tenía el cabello oscuro, un bigote negro y la piel tostada, el oro que llenaba la antesala aquella mañana hacía que pareciera un pedazo de sol, más exactamente, un pedazo de sol de algún remoto lugar del sur. A primera vista me recordó a mi difunto padre. También él era delgado y moreno, tostado y huesudo, un hombre de piel oscura, un auténtico hijo del sol, no como nosotros, rubios, que somos más bien sus hijastros. Yo hablo esloveno; mi padre me enseñó el idioma. Saludé a mi primo Trotta en esloveno. No pareció sorprenderle en absoluto. Era natural. No se levantó, permaneció sentado. Me tendió la mano. Sonrió. Los dientes grandes y fuertes relucían bajo su bigote negro azulado. Me tuteó desde el principio. Tuve la sensación de que era un hermano, no un primo. Había conseguido mi dirección a través del notario.

—Tu padre —empezó a decir— me legó dos mil florines, y he venido hasta aquí para recogerlos. Que-

ría pasar a darte las gracias. Mañana regresaré a casa. Tengo una hermana a la que me gustaría casar. Ahora, con una dote de quinientos florines, conseguirá al campesino más rico de Sipolje.

–¿Y el resto? –le pregunté.

–Me lo quedaré yo –respondió alegre.

Sonrió y me pareció que el sol entraba en nuestra antesala con más fuerza aún.

–¿Qué vas a hacer con el dinero? –pregunté.

–Ampliaré mi negocio –replicó él.

Y, como si hubiera estado esperando el momento adecuado, se levantó de su asiento con mucha decisión y mencionó su nombre con una emotiva solemnidad:

–Me llamo Joseph Branco.

Fue entonces cuando se me ocurrió pensar que había salido a recibirle en batín y pantuflas. Le pedí que me esperase y fui a mi cuarto a cambiarme.

Capítulo 3

Serían alrededor de las siete de la mañana cuando llegamos al Café Magerl. Los primeros mozos de las panaderías entraban blancos como la nieve, oliendo a panecillos imperiales recién hechos, a lazos con semillas de amapola y a colines salados. El primer café recién tostado, aromático y virgen, dejaba en el ambiente el olor de un segundo amanecer. Mi primo Joseph Branco estaba sentado a mi lado, moreno, con aire meridional, alegre, despierto y sano; yo me avergonzaba de mi cabello rubio descolorido y del cansancio que arrastraba después de haber trasnochado. Por otra parte, me sentía un poco desconcertado. ¿De qué iba hablar con él? Mi desconcierto creció aún más cuando me dijo:

—Por la mañana no tomo café. Querría una sopa.

¡Por supuesto! En Sípólje, por la mañana, los campesinos toman sopa de patata.

Así que pedí una sopa de patata. Tardó bastante y a mí me dio vergüenza empezar a mojar el cruasán en el café. Al fin llegó la sopa, un plato humeante. Mi primo Joseph Branco no hizo caso de la cuchara. Tomó el plato con sus manos tostadas, cubiertas de vello negro, y se lo llevó a la boca. Mientras sorbía la sopa, parecía haberse olvidado de mí. Absorto en aquel plato humeante, que sostenía con sus dedos fuertes y delgados, ofrecía el aspecto de un hombre orgulloso de su apetito, que no utiliza la cuchara porque le parece más noble comer directamente del plato. ¡Sí! Viendo cómo sorbía su sopa, me parecía incomprensible que los hombres hubieran inventado un instrumento tan ridículo como la cuchara. Mi primo volvió a dejar el plato sobre la mesa. Vi que estaba vacío y completamente limpio, resplandeciente e impecable, como si lo acabaran de fregar.

—Hoy por la tarde recogeré el dinero —anunció.

Le pregunté qué tipo de negocio era ese que había pensado ampliar.

—¡Bah! —dijo él—. Es muy modesto, pero me da para comer durante el invierno.

Y así me enteré de que mi primo Joseph Branco trabajaba como campesino durante la primavera, el verano y el otoño, cultivando el campo, y en invierno era castaño. Tenía una pelliza de oveja, una mula, un carromato, una especie de sartén grande y honda y cinco sacos de castañas. Cada año, al llegar el mes de noviembre, salía a recorrer los territorios de la Corona. Si llegaba a un lugar y se encontraba a gusto, se quedaba

todo el invierno, hasta que llegaban las cigüeñas. Entonces cargaba los sacos vacíos sobre la mula, los sujetaba y se dirigía a la estación de ferrocarril más próxima. Acomodaba al animal en el tren, subía a un vagón y regresaba a casa para retomar su vida de campesino.

Le pregunté cómo pretendía ampliar un negocio tan pequeño. Me contestó que había muchas posibilidades. Además de vender castañas, podía, por ejemplo, vender manzanas asadas y patatas asadas. La mula iba haciéndose vieja y cada vez tenía menos fuerza, así que también podía comprarse una nueva. De momento, había ahorrado doscientas coronas.

Llevaba puesta una chaqueta de satén brillante, un chaleco de felpa con un estampado de flores y coloridos botones de cristal y, colgada del cuello, una pesada cadena de oro, finamente trenzada, que le servía para sujetar el reloj. Mi padre me había inculcado el amor a los esclavos que formaban parte de nuestro Imperio y, por eso, sentía debilidad por cualquier baratija que tuviera que ver con su folclore. Veía en ella un símbolo de su cultura. Al momento me quedé prendado de aquella cadena. Deseaba que fuese mía. Pregunté a mi primo cuánto costaba.

—No lo sé —me contestó—. A mí me la dio mi padre, y él la había recibido del suyo. No se puede comprar una igual. Ahora bien, como eres mi primo, te la venderé con mucho gusto.

—¿Cuánto pides? —pregunté yo.

Recordaba las enseñanzas de mi padre y estaba convencido de que un campesino esloveno era demasiado

noble para preocuparse del dinero y del valor de las cosas. Mi primo Joseph Branco se quedó un rato pensando y luego dijo:

–Veintitrés coronas.

No me atreví a preguntarle cómo se le había ocurrido esa cifra en concreto. Le di veinticinco. Las contó con cuidado. Era obvio que no tenía intención de devolverme las dos coronas restantes. Sacó un pañuelo grande, rojo con cuadros azules, y guardó el dinero dentro. Luego, después de haber dado dos nudos al pañuelo, se quitó la cadena, sacó el reloj del bolsillo del chaleco y colocó ambas piezas sobre la mesa. Era un reloj de plata, macizo y anticuado, con una llavecita para darle cuerda. Cuando iba a desengancharlo de la cadena, pareció dudar. Estuvo contemplándolo un rato con ternura, como si fuera un objeto entrañable, y al final anunció:

–¡Porque eres mi primo! Si me das otras tres coronas, te vendo también el reloj.

Le di una moneda de cinco coronas. Tampoco me devolvió el cambio esta vez. Volvió a sacar su pañuelo de bolsillo, deshizo lentamente el doble nudo, guardó estas monedas con las anteriores, se lo metió en el bolsillo del pantalón y luego me miró a los ojos con rendida gratitud.

–¡También me gusta tu chaleco! –comenté al cabo de unos segundos–. Me gustaría comprártelo.

–Como eres mi primo –replicó él–, te venderé también el chaleco.

Y, sin dudarlo un instante, se quitó el chaleco y me lo tendió por encima de la mesa.

–El paño es bueno –dijo Joseph Branco– y los botones son bonitos. Y, por ser tú, solo te costará dos coronas y media.

Le pagué tres coronas. Noté la decepción en sus ojos. Estaba claro que esperaba otras cinco. Parecía molesto. Ya no sonreía. Al final se guardó el dinero con el mismo cuidado y con el mismo ceremonial de antes.

Ahora creía tener todo lo que necesita un auténtico esloveno: una cadena antigua, un chaleco de colores, un reloj de los de toda la vida, pesado como una piedra, con su llavecita para darle cuerda. No esperé ni un instante más. Me puse el chaleco en el acto, cogí la cadena y el reloj, pagué y pedí un coche. Acompañé a mi primo a su hotel. Estaba alojado en el Grünes Jägerhorn. Le pedí que estuviera preparado, porque pasaría a recogerlo por la noche. Tenía la intención de presentárselo a mis amigos.

Capítulo 4

Para guardar las formas, como excusa y para tranquilizar a mi madre, me había matriculado en Derecho. Como es obvio, no estudiaba nada. Ante mí se abría la vida, inmensa, como una pradera llena de colores y sin más límite que un horizonte muy, muy lejano. Me movía en el ambiente alegre y desenfadado de los jóvenes aristócratas, un círculo, que junto con el de los artistas, era el que más me gustaba del antiguo Imperio. Compartía con ellos el frívolo escepticismo, la melancólica arrogancia, la loca imprudencia, la soberbia confusión, signos todos de una decadencia que entonces parecía aún muy remota. Apurábamos nuestras copas ebrios de alegría, sin advertir que la muerte cruzaba ya sus huesudas manos por encima de nosotros. Maldecíamos por cualquier motivo, blasfemábamos sin pensarlo dos veces. Viejo y solo, lejano y acaso indiferente, pero cerca de cada uno de nosotros y con una presen-

cia palpable hasta en el último confín de aquel Imperio tan heterogéneo, vivía y reinaba Francisco José, nuestro anciano emperador. En lo más profundo, en lo más recóndito de nuestra alma, yacían adormecidas esas certezas a las que llamamos intuiciones y, por encima de todas, el convencimiento de que, con cada día de su vida, el anciano emperador se acercaba un poco más a la muerte, y ya no solo él, sino también la Monarquía, no ya nuestro Imperio ni nuestras naciones, sino algo más grande, más amplio, más sublime que una simple patria. Nuestros apesadumbrados corazones inventaban chistes fáciles; nuestra conciencia barruntaba que estábamos abocados a la muerte y, tal vez por eso, sentíamos un furioso deseo de disfrutar de la vida: bailes, tabernas, muchachas, comidas, paseos en coche, locuras de todo tipo, juergas insensatas, demoledora ironía, crítica implacable, el Prater, la noria gigante, los títeres, las mascaradas, el ballet, los frívolos juegos amorosos en los discretos palcos del Teatro de la Ópera, las maniobras a las que faltábamos, incluso las enfermedades que Venus nos enviaba de vez en cuando.

No es de extrañar que la inesperada visita de mi primo me hubiera alegrado tanto. Ninguno de mis frívolos amigos tenía un primo así, un chaleco así, una cadena de reloj así ni una relación tan cercana con la tierra eslovena, con la mítica Sipolje, la patria del héroe de Solferino, que aún no había caído en el olvido, pero que ya se había convertido en leyenda.

Por la noche pasé a recoger a mi primo. Su brillante chaqueta de satén causó sensación entre mis amigos.

Chapurreaba un alemán imposible de entender, no paraba de reír mostrando sus dientes fuertes, relucientes, dejó que le invitasen a todo lo que quisieron, prometió que cuando volviera a Eslovenia compraría chalecos y cadenas para todos y aceptó con gusto que le pagasen por adelantado. No había nadie que no me envidiase por el chaleco, la cadena y el reloj. De haber podido, me habrían comprado el primo entero, mis parientes y hasta la mismísima Sipolje.

Mi primo prometió regresar en otoño. Todos le acompañamos al tren. Le compré un billete para que pudiera viajar en segunda clase. Lo cogió, fue a la taquilla y se las apañó para cambiarlo por otro para viajar en tercera.

Subió y un momento después estaba saludándonos desde el vagón. A todos se nos rompió el corazón cuando el tren emprendió la marcha y abandonó la estación. Amábamos la melancolía con la misma frivolidad que el placer.

Capítulo 5

Durante unos días en nuestras animadas reuniones solo se habló de mi primo Joseph Branco. Después nos olvidamos de él o, mejor dicho, lo dejamos a un lado por un tiempo. Había que comentar y celebrar las locuras que se nos ocurrían continuamente.

Al final del verano, sobre el veinte de agosto, recibí una carta de Joseph Branco, escrita en esloveno, que traduje a mis amigos aquella misma noche. Describía la conmemoración del cumpleaños del emperador en Sipolje. La Asociación de Veteranos había organizado una fiesta. Él era reservista, pero aún no tenía edad para pertenecer a los veteranos. Sin embargo, desfiló con ellos por la pradera donde cada dieciocho de agosto se celebraba un festejo popular, más que nada porque los ancianos no tenían fuerzas para llevar el enorme timbal. Había cinco cornetas y tres clarinetes. Pero ¿qué es una banda de música sin timbal?

—¡Qué curiosos son estos eslovenos! —exclamó el joven Festetics—. Los húngaros les privan de sus derechos más elementales como nación, ellos se defienden, a veces incluso se rebelan o, por lo menos, parece que van a rebelarse, pero luego celebran el cumpleaños del emperador.

—Esta Monarquía —intervino el conde Chojnicki, el mayor de todos nosotros— no tiene nada de curiosa. Si no fuera por los imbéciles que tenemos en el Gobierno (le gustaba emplear expresiones fuertes), no me cabe la menor duda de que en el extranjero tampoco se nos vería como una curiosidad. Lo que intento decir es que aquello que los demás consideran curioso en Austrohungría es lo natural. En otras palabras, solo a esta enloquecida Europa de las nacionalidades y de los nacionalismos puede parecerle extraño lo que en realidad es natural. Por supuesto, son los eslovenos, los polacos y los rutenos de Galitzia, los judíos con caftán que viven en Borislav, los tratantes de caballos de Banská, los musulmanes de Sarajevo y los castañeros de Mostar los que cantan *Dios guarde al emperador*. En cambio, los estudiantes alemanes de Brno y de Eger, los dentistas, los farmacéuticos, los ayudantes de peluquería, los fotógrafos artísticos de Linz, de Graz, de Knittelfeld, y los cretinos de los valles de los Alpes cantan *La guardia del Rin*. ¡Señores míos, Austria terminará hundiéndose por culpa de la lealtad nibelunga! La esencia de Austria no es el centro, sino la periferia. Austria no se encuentra en los Alpes, allí no hay más que rebecos, flores de las nieves y gencianas,